



***LA BANDA SONORA DEL ADIOS***  
***By Leonardo Padrón***

Siempre me ha gustado pensar que si el alma tuviera un sonido, sería música. Hay algo sobrenatural en la música, hay tanto viento en ella, tanto misterio, y a la vez, tanta humanidad. Aldous Huxley escribió alguna vez que después del silencio, lo que más se acerca a expresar lo inexpresable es la música. Por eso, contar una música es impensable. La palabra es una herramienta seca y angosta para ese fin. Por eso, me declaro precario para transmitir la trascendencia de la banda sonora que Eduardo Marturet compuso para la película de Diego Rísquez sobre la epopeya de una de las mujeres más emblemáticas del coraje latinoamericano: Manuela Sáenz.

Toda película pide su propia música. El cine la necesita, como a una amante infalible. Es el personaje final, el dios encargado de repartir el último pedazo de alma a las escenas. Supongan, entonces, la expectativa generada en los involucrados en este film al saber que Eduardo Marturet había accedido a hacer la música. Supongan el entusiasmo cuando nos sentamos frente a la moviola a escuchar los acordes iniciales, el primer abrazo entre las imágenes de la gran guerrera y la música del prestigioso compositor. El resultado fue conmovedor. Las imágenes se hincharon, se irguieron y comenzaron a reventar poesía por todas partes. La cópula había sido perfecta.

Yo apenas quiero testimoniar a través de este texto mi aplauso ante el tejido melódico creado por el maestro Marturet. No sé hablar de música, repito, no sé contarla. Pero me vanaglorio de sentirla. Y si algo hay en esta banda sonora es eso que llaman belleza. La frenética, terrible y heroica vida de la mayor amante del Libertador es contada en melodías de perturbadora emotividad. La presencia de la guerra, la contundencia del amor, la vehemencia libertaria, el itinerario de destierros y persecuciones, el dolor de la pérdida y la melancolía del sueño derrumbado son solo entendidos en su gigantesca y humana medida gracias al mapa musical que Eduardo Marturet logró crear a lo largo de todo el film.

Convocando a ratos a Haydn, a ratos a Beethoven, invocando a compositores de la época de la guerra de la independencia (Juan Meserón, Juan Manuel Olivares), jugando a ser un poco Vivaldi, un poco Albinoni, saludando a memorables influencias de otros compositores de música para el celuloide (como Nino Rota, o

Miklós Rózsa), Eduardo Marturet se sumergió en la piel de la historia y construyó su propia trama de sonidos para lograr una música que dimensionará dramática y estéticamente la crónica vital de Manuela Sáenz. Una de mis mayores recompensas en todo el proceso de elaboración de esta película es haber sido testigo del rigor creativo de Eduardo Marturet. Me asombró que alguien de su estatura artística lograra entender que el cine es, fundamentalmente, un trabajo de equipo. Y se acercaba todos los días a nosotros con una sola nota musical en su bolsillo: la humildad. Y preguntaba, y requisaba una y otra vez las imágenes y se pasmaba ante el recital actoral de Beatriz Valdés, y luchaba días y días por conseguir la escala justa para las dos últimos segundos de una escena. Era el maestro sin su podio, sin su teatro lleno, sin su frac sinfónico. Era el puro creador, desnudo y curioso, apasionándose hasta los huesos por conseguir el crescendo perfecto, el climax requerido, la melancolía necesaria para una secuencia de imágenes.

Quien se acerque a esta banda sonora con cierta atención se dará cuenta que la música está compuesta en forma de espiral, que a medida que transcurre la película va haciéndose más corpórea, va creciendo en pantalla, va tornándose mayúscula, estremecedora, hasta convertirse en un manto que nos envuelve irreductiblemente hasta la última imagen. Quizás uno de los retos más hermosos de este trabajo es haber logrado crear una música para el sepia y otra música para el color, que son las dos temperaturas cromáticas que asumió Diego Rísquez, para establecer el diálogo entre el pasado y el presente de nuestro personaje. Manuela cuenta su vida mientras espera la muerte, y entonces Manuela delira, Manuela baila, Manuela se mueve enfebrecidamente a través de los años, de las cartas de Bolívar, de los latigazos de la traición, las miserias del poder y la épica de un enjambre de hombres y mujeres definitivos en nuestra historia. Allí, en esa estructura casi esquizoide, la música se convierte en el hilo, el rumbo, el norte de las emociones.

Los expertos musicales notaran el sutil puente creado por Marturet entre el siglo XIX y estos albores del siglo XXI, porque hay resonancias musicales propias de la época y osadías melódicas estrictamente contemporáneas; notaran cómo tuvo la sagacidad de entender que en momentos no hay mejor música que el mar, cómo evitó el piano moderno para cumplir con el rigor histórico de su inexistencia en tierras americanas, cómo eludió el exceso, el sentimentalismo obvio, cómo entendió que el centro de la película era Manuela y no Bolívar, era el coraje y no la guerra, era el adiós y no el amor. Y presenciarán el momento inexplicable en que la música se arroja a los brazos de Manuela Sáenz y se convierte en ella.

La banda sonora de *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, posee vida propia. Nacida para ser oída junto a un discurso visual, para redondear las intenciones dramáticas de un texto, para acompañar el crujido existencial

de una mujer antológica, esta partitura cinematográfica posee en sus entrañas su propia libertad. Nadie que vea la película olvidará su música, más bien, la buscará, la perseguirá, para oírla en cualquier rincón que dicte el placer. Y allí la música demostrará su propio reino, su franca independencia. Quizás evocaremos, al escucharla, cada una de las imágenes de la película, quizás se repetirá en nuestra memoria la manera descomunal como Manuela Sáenz amó a Simón Bolívar, cómo luchó sus cien guerras, cómo cabalgó el continente para secarle el sudor al héroe, cómo murió vilipendiada y arrojada del mundo. Pero también, y sobre todo, al que nunca haya visto la película, esta música le regalará un magnífico equipaje de emociones sonoras. Su mayor función fue plenamente lograda: contar, con el idioma de los sonidos, la historia de un espíritu libre llamado Manuela Sáenz. Y recordarnos, quizás, aquella frase de Lawrence Durrell: “la música fue inventada para confirmar la soledad humana”.

Señor Marturet, sencillamente, se le agradece la belleza.

\*\*\*

Si usted deseara adquirir el film puede visitar:

<http://www.venezuelatuya.com/tienda/manuelasaenz.htm>